

# LAS NUEVE SINFONÍAS DE BEETHOVEN





Marta Vela

LAS NUEVE SINFONÍAS  
DE BEETHOVEN

La evolución del genio a partir  
de su discurso orquestal

Prólogo de  
Blas Matamoro

**fórcola**  
**Periplos**

## Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta: *Beethoven*, 1992. Eduardo Arroyo,  
A+V Agencia de Creadores Visuales, 2020

© Marta Vela, 2020

© Del Prólogo, Blas Matamoro, 2020

© Fórcola Ediciones, 2020

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-7688-2020

ISBN: 978-84-17425-50-0

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

*Para mi padre*

Mi corazón y mi espíritu me dictan una cierta concepción de Beethoven.

Me gusta, me inclino ante él, lo considero el acontecimiento más relevante de mi existencia. Sé que ha sido un creador, que ha sabido expresar algo que no existía antes de él.

HEINRICH NEUHAUS

PRÓLOGO

Beethoven, el constante moderno

*Blas Matamoro*

LOS AFICIONADOS a los conciertos sinfónicos nos encontramos frecuentemente con Beethoven. No sólo porque sus obras insisten en los programas sino, lo advertamos o no, porque la orquesta que en ellos suena es, de algún modo, la beethoveniana. Ésta puede ser la almendra del libro que sigue: estudiar cómo la formación clásica heredada del siglo XVIII se convierte en la moderna que llega a nuestros días. Marta Vela lo hace con erudición documentada, ordenada y didáctica. No nos abrumba con ella sino que fluye con naturalidad. Y ya sabemos que una buena prosa semeja ser natural como resultado de una inteligente elaboración: economía, certeza y curso.

La orquesta sinfónica es como un organismo que despliega distintas soluciones enérgicas a lo largo de la historia. A partir de Berlioz, la asociación de los instrumentos se multiplica y las fórmulas armónicas buscan y rebuscan novedades. Caben símiles deportivos. Wagner, Bruckner, Mahler y Richard Strauss evocan la halterofilia. Luego, los maestros del siglo XX –Debussy, Ravel, Stravinski, Falla– aligeran la musculatura, la vuelven más flácida y elástica: natación y waterpolo. Instrumentalmente, siguen siendo de la familia Beethoven.

Hay factores sociales que marcan este devenir. Los conjuntos del siglo ilustrado estaban pensados para la reducida sonoridad de los palacios y los castillos. Eran, si se quiere, ingenios para una privacidad. Con Beethoven la música se torna algo decididamente público, algo que exige salas

mayores y, en consecuencia, mayores formatos orquestales. Haydn y Mozart quedan situados en su época y ceden sus puestos a la modernidad de un siglo que aún no se sabe romántico aunque empieza a serlo. Ya no bastará que el primer violín dé las señales de comienzo y remate. Hará falta un especialista cuya tarea será la de dirigir y he allí el podio, la maestría, el liderazgo, a veces la tiranía del director de orquesta. Es un elemento que, irrenunciablemente, exige el repertorio de Beethoven.

Otro aporte formal es lo que podríamos denominar la serie sinfónica. Haydn compuso un centenar de sinfonías. Algún malévolo observador ha concluido que hizo cien veces la misma obra. Mozart excede la cuarentena. Ciertamente, todas ellas se parecen, tienen la misma estructura cuaternaria y pareja duración. En Beethoven, en cambio, cada sinfonía es ella misma y exige, en ocasiones, un revulsivo formal. La *Pastoral*, por sus apoyos literarios, porque propone describir escenas y paisajes anunciados verbalmente, puede seguirse como una serie de poemas sinfónicos y hasta es posible contar cinco movimientos en vez de cuatro. Luego está el dilema de asociar o disociar las palabras y los sonidos musicales pero se trata de un tema arduo y ajeno a estas líneas.

¿Y la *Novena*? ¿Qué es la *Novena*? Tiene tres movimientos canónicos pero el último los deja atrás con ironía y propone una suerte de cantata con voces solistas y coro. Escuchada con oído riguroso, con el rigor de la tradición, excede largamente lo que sea una estricta sinfonía. Abre, así, lo sinfónico a nuevas rutas que desdibujan el molde que la herencia parece exigir. Además, señala una nueva definición de lo estético, donde el sujeto del compositor ocupa el primer rango. Ya no se trata de que el músico deba hacer una cosa, un objeto, conforme a una poética de los géneros, sino que es Alguien que desea hacer Algo.



Cada obra tendrá, así, su referencia a un momento y todo momento es una construcción subjetiva irrepetible. ¿Es la *Heroica* la secreta historia de la relación imaginaria de Beethoven con Napoleón? Ninguna verbalidad puede aprisionar a la música pero si se admite la historia, es factible que tras un movimiento que retrata las hazañas del héroe siga su condigno funeral. Tal vez haya muerto luchando, tal vez lo que ha muerto y se inhuma sea una gran ilusión europea.

Estos vaivenes acompañan una difícil relación entre Beethoven y los públicos de su tiempo. Nuestra escritora apunta ya que, salvo la *Séptima*, ninguna de sus sinfonías obtuvo un éxito clamoroso. Tanto es así que, con el tiempo, mereció o padeció su conversión en *ballet*. Desde luego, Beethoven fue, entre tantas otras cosas, un infatigable experimentador. Los paradigmas clásicos –sinfonía, cuarteto, sonata– que remitían a una estructura común, fueron despiezados y rehechos por sus manos, de modo que cada uno de ellos fuera una forma o reforma en sí mismo.

¿Revoluciona o confirma la sinfonía, esta obra sinfónica de Beethoven? Dialécticamente, y Marta Vela lo explica con predicamento, ambas cosas. El músico no destruye la sinfonía sino que la despliega a partir de una inversión de la estética clásica. En efecto, para el Clasicismo el arte es belleza, la belleza es perfección y la perfección es plenitud. El compositor llena de materia un espacio abstracto y vacío que es la forma regida por normas racionales. Si la materia empleada tiene la calidad y la cantidad soportables por dicho espacio –más simplemente: si nada le sobra ni le falta– se ha conseguido la plenitud, que es perfección, que es belleza. Al paso de los siglos, el arte se ha propuesto dejar de lado, aunque no aniquilar, lo bello para sustituirlo por lo verdadero. La música, que no dice verdades porque nada dice, es de verdad y no necesita decirlas.

Otra invención beethoveniana es la idea de la obra abierta, la que tanto dio que hablar en los días de las neovanguardias del siglo xx. No sólo porque el Gran Ludovico especuló hasta el final con las formas e incluso consagró el fragmento y lo inacabado como una novedad formal, sino porque, valga la paradoja, su obra no termina con las piezas de su catálogo. Se sabe que planeaba una *Décima Sinfonía* y un *Requiem*. ¿Cabe pensar que se le ocurrió la peregrina iniciativa de la obra no escrita? Tratándose de este constante experimentador, ¿por qué no?

El libro de Marta Vela trabaja desde la historia de la música pero va más allá y también más acá de dicha disciplina. Va más allá porque señala varios temas de índole conceptual y teórica acerca de la sinfonía. Y viene más acá porque nos muestra a Beethoven como un vivaz hombre moderno, que siempre se actualiza apenas escuchamos su música. Ésta ocurre a cada rato, en cada instante, de modo que por mágica agencia del arte sonoro, produce ese momento absoluto sin antes ni después que, según nos sugiere Hegel, es la menos imperfecta idea de la eternidad. No en vano el lenguaje de nuestra especie ha creado esta palabra. La obra de Beethoven la confirma.